Los escenarios que se abren con la asunción de Cristina Kirchner

elpaísqueviene



Pablo Piovano

¿Será cambio o continuidad o que algo cambie para que no cambie nada? El escenario de una clase media reactiva al Gobierno. Los derechos humanos y la relación con las Madres de Plaza de Mayo. La clase media y los grandes medios. La oposición, Macri, Carrió y sus dificultades para ofrecer alternativas. Distribución de la riqueza y pacto social. La imagen de corrupción e ineficiencia que la sociedad tiene de las instituciones. Escenarios que inciden en la nueva etapa.

Escriben J. M. Pasquini Durán, Ricardo Sidicaro, Ricardo Forster, Atilio Boron, Eduardo Jozami

El acercamiento prenunciado a Estados Unidos y a gobiernos europeos trae malos presagios. Sin renacionalizar lo que privatizó el menemismo y sin cambiar las reglas de juego de la economía, es poco lo que se podrá lograr en la redistribución de la riqueza.

¿Cambio o gatopardismo?

Por Atilio A. Boron

En *El Gatopardo* el Príncipe Fabrizio Salina, personificación de la decadente y amenazada aristocracia siciliana, pronuncia una frase que haría historia: "Algo tiene que cambiar para que todo siga igual". La irrupción de este recuerdo no es para nada casual. Qué nos espera: el cambio que se nos promete, ¿no será para que todo siga como está?

El solo hecho de que la mayoría de los ministros de CFK procedan del gobierno saliente (¿"saliente"?) y que gran parte del elenco que ocupa el segundo escalón en la jerarquía del Estado tenga la misma procedencia abona un cierto escepticismo. La presidenta electa declaró que el cambio, en relación con anteriores transiciones, será que esta vez no habrá cambio. Las poquísimas ideas que se ventilaron en la campaña presidencial –un déficit de todos los candidatos– fueron de tal nivel de vaguedad que impiden discernir, mucho menos ilusionarse, con un proyecto de cambio. En resumen: las mismas ideas y el mismo personal. ¿Cambio?

La novedad más promisoria es la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, a cuyo frente se designó a Lino Barañao, un científico de renombre pero cuyas desafortunadas declaraciones sobre la conveniencia de promover la producción de "biocombustibles" (más correctamente "necrocombustibles", porque como lo recuerda Frei Betto tienen mucho más de muerte que de vida) es muy preocupante. De todos modos, para que este ministerio pueda cumplir su cometido será preciso dotarlo de suficientes recursos, cosa que hasta ahora no ha ocurrido. Desde el menemismo hasta la actualidad (según los datos de la propia Secyt), la inversión en ciencia y tecnología de la Argentina no se ha movido más allá de una ínfima proporción: el 0,4 por ciento del PBI. Es cierto que en ese lapso éste creció y mucho, pero ello no modificó la intensidad del (poco) esfuerzo que el país hace en esta materia. Para comparar: en estos últimos años Brasil destina a ciencia y tecnología cerca del 0,9 de su PBI (además, mucho mayor que el argentino), mientras que en Chile esa proporción oscila en torno del 0,6 por ciento. Ninguno de estos casos se acerca a los niveles de Japón (3,17 por ciento de su PIB) o los demás países desarrollados, todos por encima del 2 por ciento. Por eso hay muchísimo que hacer en este rubro.

Por otro lado, tampoco son demasiado reconfortantes las expectativas que despierta la política internacional que insinúa el gobierno entrante. Parece razonable suponer que habrá un nuevo acercamiento a los Estados Unidos, sobre todo si se produjera el triunfo de Hillary Clinton en las elecciones estadounidenses del año próximo. Y ya sabemos en qué terminan estas aproximaciones. Al mismo tiempo es evidente el interés de la futura presidenta por estrechar lazos con algunos países europeos gobernados por el mal llamado "centroizquierda" (un cóctel insípido con mucho de lo primero y nada de la segunda) y con sus epígonos latinoamericanos, con los cuales la futura presidenta mantiene cordiales relaciones. La posible presencia de CFK en Davos, donde se reúnen para afinar sus estrategias de dominio y control los principales responsables del holocausto social y ecológico del planeta, no es un signo alentador, como tampoco lo ha sido el mensaje enviado a las privatizadas y, en general, al capital transnacional, en sus viajes al exterior. El mutismo de la Casa Rosada ante el incidente ocasionado por la intemperancia del rey de España en la última cumbre de Santiago ha sido muy elocuente. Lo fue más el hecho de que al día siguiente el matrimonio gobernante recibiera a Rodríguez Zapatero en la Casa Rosada.

Otra novedad es la designación del futuro ministro de Economía, Martín Lousteau, a quien el consenso multimediático se encargó de definir como un "heterodoxo". No obstante, el elogio de sus maestros y mentores académicos como Roque Fernández o Ricardo López Murphy, nombres que nadie en su sano juicio categorizaría como heterodoxos en ningún sentido de la palabra, conspira contra tal definición. Idéntica conclusión se desprende de su prolongada afiliación institucional con los santuarios más ortodoxos de la economía neoclásica, como las universidades Di Tella o San Andrés; de su colaboración con Alfonso Prat Gay cuando éste fue presidente del Banco Central entre 2002 y 2004, o de su coautoría del libro *Sin atajos* junto con su tutor en materia económica, Javier González Fraga.

Por eso, la supuesta heterodoxia del nuevo ministro no parece ser tal: si Keynes revolucionó la política económica al hacer del gasto público y el déficit fiscal instrumentos virtuosos de crecimiento económico, por su formación y trayectoria Lousteau parece más inclinado a preservar la vigencia de dos artículos de fe del catecismo neoliberal: moderar el gasto público y mantener el elevado superávit fiscal de los últimos años, lo que en un país con tantas necesidades insatisfechas y con un Estado destruido es un absurdo imperdonable. La mayoría de los países europeos no sólo ignoran esos consejos de la ortodoxia sino que hasta el propio Tratado de Maastricht tolera el déficit fiscal a condición de que no exceda el 3 por ciento del PBI, lo cual no atenta contra la competitividad de los europeos en la economía mundial, muy superior a la de la Argentina.

En todo caso, en los próximos días se conocerá cuál es la agenda de prioridades nacionales que tiene el Gobierno y cómo las piensa encarar. Claro que esto dependerá bien poco de las preferencias u orientaciones teóricas del ministro de Economía, dado que la experiencia reciente demuestra que la cabeza real de dicho ministerio se encuentra en la Casa Rosada y no en el Palacio de Hacienda. Entre esas prioridades la más importante y urgente es atacar seriamente el problema de la pobreza y la concentración de la riqueza, lacras que se mantienen en niveles indecentes e intolerables –sobre todo para un régimen que se pretende democrático– luego de cinco años ininterrumpidos de "tasas chinas" de crecimiento económico. Habrá que avanzar resueltamente en una reforma tributaria integral, que ponga fin a las escandalosas inequidades impositivas de la Argentina, donde quienes más ganan y tienen aportan menos, en términos proporcionales, que los que poco o nada ganan y tienen, y que premia la especulación financiera mientras penaliza la producción. Será necesario recuperar sin más dilaciones los recursos básicos del país (mineros, hidrocarburíferos, etcétera) malvendidos en los años del menemismo y que continúan dando lugar a un verdadero saqueo económico y una aberrante depredación ecológica ante la total pasividad –¿o complicidad?– gubernamental. Las recientes medidas elevando las retenciones a las exportaciones agrícolas y de hidrocarburos intentan captar una parte de la renta extraordinaria generada por esos sectores; se trata de una medida que si bien va en la dirección correcta es insuficiente. Como dirían los ingleses, *too little and too late*. También es imprescindible que el nuevo gobierno revise todo lo actuado con las privatizaciones y renacionalice las empresas que incumplieron con sus obligaciones contractuales, o las que sean declaradas de interés nacional. Para todo ello tendrá que reconstruir al Estado, destruido por el fervor neoliberal y la corrupción de los noventa, pues sin su eficaz presencia el saqueo de la economía argentina (por ejemplo, del petróleo, que se está exportando descontroladamente sin que exista ninguna agencia estatal que verifique este proceso) continuará hasta el completo agotamiento de nuestros recursos naturales. Además, si es serio en sus lamentos sobre la calidad institucional deberá normalizar cuanto antes la situación del Indec y garantizar que no se repetirán los bochornosos episodios de los últimos meses. El nuevo gobierno tendrá también que hacer un enorme esfuerzo para recomponer la debacle en que se encuentran la salud y la educación públicas y proceder a derogar, sin dilación alguna, dos perversas criaturas de la dictadura que inexplicablemente siguieron en vigor durante el gobierno de Kirchner: la Ley de Entidades Financieras, pergeñada por Martínez de Hoz, y la siniestra Ley de Radiodifusión, que potencia hasta niveles incalculables la gravitación ideológica y política de los oligopolios nacionales y extranjeros que, en su ardiente retórica, el Gobierno dice combatir. Además, deberá otorgar la personería jurídica a la Central de Trabajadores Argentinos, que expone a la Argentina a reiteradas recomendaciones de la OIT, hasta ahora desoídas por la Casa Rosada.

Para que esta apremiante agenda sea enfrentada con alguna chance de éxito CFK tendrá que abandonar definitivamente las políticas neoliberales aún vigentes y hacer una clara apuesta a favor de fórmulas heterodoxas. Cuando el Gobierno lo hizo, con los bonos de la deuda, le fue muy bien y la economía registró un crecimiento sin precedentes. Pero como el resto de la política económica continuó atrapada en las premisas del Consenso de Washington, el efecto redistributivo de tan formidable desempeño fue apenas marginal. Los frutos del crecimiento fueron acaparados por las clases dominantes; algo llegó hasta los sectores medios mientras que el resto de la sociedad tuvo que conformarse con migajas. La audacia en el manejo de los bonos de la deuda fue neutralizada por la irritante pusilanimidad manifestada en las demás áreas de la política económica. Dada la evidente continuidad entre ambos gobiernos y la poca determinación exhibida para atacar los problemas de fondo de la Argentina, no hay demasiado espacio para la esperanza. Lo más probable es que el "gatopardismo" frustre, una vez más, las expectativas de cambio de nuestro pueblo. Ojalá que nos equivoquemos.■

Tras un período de confrontaciones, Cristina Kirchner dio todas las señales de una etapa de mejoramiento de las relaciones con la Iglesia, los empresarios y otros sectores de la sociedad. Néstor Kirchner, desde el llano, estará en la construcción política cuya ausencia condicionó la estrategia política de su gobierno.

Por J. M. Pasquini Durán

Apelando a la razón o la fe, con una interminable variedad de instrumentos, la cultura humana desde siempre intenta atisbar el futuro. Aunque ningún método logró probar que podía anticipar el mañana con absoluta infalibilidad, la aproximación azaroza alcanzó para que la pretensión atravesara los tiempos sin perder atractivos de seducción. En la actualidad, los sondeos de opinión que vaticinan resultados sumaron sus aciertos y errores a las creencias vigentes, como si sus autores hubieran podido traducir en técnicas de ciencias sociales aquellos antiguos dones que se atribuían a brujos y dioses. Ante el relevo presidencial, por más que se trate de continuidad en lugar de fractura, o quizá por eso mismo, emerge inevitable la tentación de presagiar lo que vendrá. Así, estas páginas llegan para sumarse al caudaloso torrente de especulaciones y vaticinios dedicado a la misma tarea. A diferencia de las adivinanzas sobre las peripecias individuales, podría afirmarse que la política tiene lógicas y razones que facilitan el ejercicio, pese a que en reiteradas ocasiones dio la impresión de estar dominada por la pura subjetividad, más o menos irracional, de quienes han sido dotados de los atributos para resolver por todos los demás.

Con frecuencia, los ocupantes temporales del sillón de Rivadavia suelen aceptar, en privado, que el Gobierno representa a lo sumo el cincuenta por ciento del poder completo. La otra mitad está fraccionada entre diversos actores e intereses, a los que el gobernante deberá persuadir acerca de las bondades de su gestión o disuadirlos de sus conductas hostiles. De esa permanente práctica de negociación imperativa surgirá el resultado final, al cabo de cuatro años de mandato, más que de la pura voluntad de los elegidos. Dicho con sencillez: nadie hace lo que quiere, sino lo que puede. El primer presagio que debería formularse en esta ocasión tendría que ver con la humildad para reconocer que todas las intenciones enunciadas por la presidenta electa serán sometidas a la prueba más difícil: la relación armónica entre las políticas públicas y las expectativas de la sociedad.

Cuando Cristina Fernández de Kirchner (CFK) enunció la ecuación central de su proyecto –realizar un modelo de acumulación sin exclusión social– no fue difícil traducir que proponía consolidar un plan de desarrollo sustentable que no centrifugue a ningún sector de la sociedad. Sin embargo, hasta ahí no es mucho más que el título de un libro que hasta ahora tiene la mayoría de sus páginas en blanco. ¿Cómo lo hará? ¿Quiénes serán los principales beneficiarios? ¿Cuántos deberán resignar cuotas de rentabilidad particular en favor del bienestar general y de qué modo serán estimulados al desprendimiento? Otra hipótesis favorita de la presidenta electa: un pacto social que se proponga ir más allá del acuerdo circunstancial de precios y salarios para definir, en diálogo constante de capital y trabajo supervisados por el Estado, los perfiles de aquel desarrollo sustentable. Una vez más, el enunciado provoca más incógnitas que certidumbres. Enumerar las preguntas, sin embargo, es un ejercicio retórico, dado que los proyectos están poco más que titulados y sólo cuando se materialicen tendrán miga suficiente para entretener a la imaginación.

Después de considerar la aceptación social de la gestión, que puede ratificar, ampliar o renegar de la votación del 28 de octubre, como todo gobierno el que está llegando deberá definir su política de alianzas lo que, al mismo tiempo, identifica a sus enemigos. Néstor Kirchner tuvo varias líneas superpuestas, algunas derivadas de la debilidad de origen (22 por ciento de los votos) y otras de sus convicciones y experiencias como mandatario en Santa Cruz. Así, organizó un calendario de actividades, día por día, que le permitió recorrer todo el país hablando en vivo y en directo con los pobladores que se acercaban en cada lugar, aunque más no fuera al principio que por pura curiosidad. Para las necesidades electorales, prefirió hacer acuerdos o alianzas circunstanciales, dado que carecía de partido propio. Ya que tampoco podía contar, al comienzo, con el respaldo peronista, ni tampoco lo hubiera aceptado como base exclusiva, empezó a ensayar fórmulas que le permitieran ampliar la plataforma de sustentación. Desde la transversalidad hasta la convergencia, los títulos eran lo de menos, puesto que lo que intentaba era establecer la idea de que su gobierno no tenía una única camiseta partidaria.

Declaró hostilidades con todas las corporaciones tradicionales, sobre todo las de los militares que se identificaban con la dictadura, las máximas autoridades de la Iglesia Católica, los empresarios más acomodados del campo, el Fondo Monetario Internacional y los grupos más concentrados de la economía. A su lado, instaló a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, con todo lo que ello implica, y mantuvo relaciones zigzagueantes con la industria, el hipermercado y el gremialismo. En las relaciones exteriores, privilegió todo lo que tuviera que ver con el Mercosur y Sudamérica, persuadido de que desde esa base, y sólo desde ella, podía insertarse en el mundo.

El gobierno de CFK acepta el legado de la relación con las Madres y las Abuelas, lo mismo que con el Mercosur, pese a las pésimas relaciones con Uruguay cuyo desenlace no está a la vista, pero amplía su visión regional hasta México, persiste en la alianza estratégica con España pero busca nuevas aproximaciones con otros miembros de la Unión Europea, al margen de sus identidades ideológicas. Busca revitalizar el diálogo con el patronato industrial, agrario y financiero, aun a sabiendas de que sólo estarán a su lado mientras dure la bonanza económica, buena parte de la cual depende de los vaivenes del comercio mundial de materias primas. El comercio será una posible zona de confrontación, en la medida en que no puede permitirse una tasa anual de inflación que se dispare hacia arriba (el presupuesto 2008 prevé una tasa del ocho por ciento). Queda por saber cómo y quién medirá el costo de vida y todos las demás constancias que deberían aportar las estadísticas oficiales.

Las primeras señales de CFK fueron para bajar el nivel de confrontación que mantuvo el Presidente que se va en distintos frentes, no tanto porque discrepe con la conducta anterior, que respaldó sin duda, sino porque no necesita marcar territorio propio dado que ya fue ganado con mucho esfuerzo durante el período que termina el 10 de diciembre. Con la Iglesia Católica habrá oportunidad de encuentros, así sean protocolares, pero habrá que ver la disposición práctica de ambas partes. La CGT está en penumbras, aunque también aquí CFK necesita explorar todos los caminos posibles para contener los salarios dentro de los márgenes razonables de la evolución económica, atendiendo al mismo principio que su antecesor: no es elevar el salario nominal lo que los trabajadores necesitan sino trabajo digno y la primera obligación del Estado es propiciar la creación de nuevos empleos legítimos y blanquear la economía informal o "en negro". El empleo con salarios adecuados, entendidos como algunos puntos por arriba de la inflación, ha sido hasta ahora para los Kirchner el redistribuidor de la riqueza que el Gobierno se puede permitir sin ir a una batalla frontal, como implicaría la tan mentada reforma tributaria de carácter progresivo. Pueden esperarse, no obstante, reformas cautelosas y parciales, de un modo parecido al que hasta hoy se manejan las retenciones a la exportación.

Una diferencia sustancial del nuevo período con el anterior tiene que ver con la institucionalidad política. En esta ocasión, el matrimonio Kirchner hizo una nueva distribución de tareas, según la cual Cristina se ocupará de la gestión de gobierno y Néstor promoverá la organización de una fuerza política, en principio interpartidaria (a la manera de la convergencia chilena), lo cual implica una actitud comprometida con el peronismo en lugar de la relación distante mantenida hasta ahora con la infraestructura partidaria. El propósito supone el rescate del sistema de partidos como columna vertebral de la democracia, pero sin retorno al esquema que se derrumbó a fines de 2001 y terminó por deponer al gobierno de la Alianza que encabezaba el radical Fernando de la Rúa. La reposición, pero sin repetirse, implica un esfuerzo desde el gobierno para alentar a la fuerza propia, tratando de extender su influencia en todo lo posible, y auspiciar la formación de otras escuadras que acepten el desafío de presentar nuevas alternativas a la ciudadanía. Mucho se dijo que en esta época la representación más lógica sería dos coaliciones principales, una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, ambas partiendo desde el centro, con algunas otras formaciones menores. A la vista del fraccionamiento actual, parece una tarea imposible, pero en realidad no será ni más fácil ni más difícil que las múltiples tareas que le esperan al inminente gobierno, primero de CFK, segundo de la era Kirchner, a un año del primer cuarto de siglo de democracia ininterrumpida.

ADRIAN PEREZ

Presagios



Un sector importante de las capas medias asumió
negó a ver los avances que en muchas áreas, e
Gobierno. En este artículo que saldrá publicado
describe el imaginario de ese

Por Ricardo Forster

Entre la ficción y

condición espectra

¿Cuánta ficción resiste un país? O, para preguntarlo de otro modo, ¿cuánta capacidad de negación y olvido puede habitar la trama profunda de una sociedad hasta fundirse con su representación "legítima" de la realidad? Pregunto, me pregunto en este día eleccionario sabiendo que estas páginas terminarán de escribirse cuando caiga el telón de una jornada en la que seguramente será proclamada la continuidad del gobierno kirchnerista aunque bajo otro mandato y, tal vez, en el interior de una inflexión de políticas que todavía no alcanzamos a prever. Digo, e insisto con la pregunta, porque no deja de ser inquietante la manera como gran parte de la sociedad argentina, en especial ciertos sectores de las clases medias progresistas, leyeron el acontecer político absolutamente atrapadas por la lógica del discurso desplegado por los medios de comunicación. Una lógica que ha logrado naturalizar su ideología, que ha podido capturar el alma profunda y oscura de muchos bienpensantes que, después de un inicial deslumbramiento con la extraña aparición de la desgarbada figura de Kirchner, se volcaron sin medias tintas hacia un repudio generalizado contra esa misma persona a la que, en el comienzo azaroso del 2003, descubrieron sorprendidas (1).

Todo se volvió desmesurado y nada de lo logrado en estos años arduos, difíciles que, entre otras cosas, vinieron en parte a curar un cuerpo casi moribundo, fue reivindicado por la nueva mirada juzgadora de unas clases medias capaces de recuperar, sin escalas intermedias y con una velocidad sorprendente, antiguos reflejos provenientes de otros tiempos argentinos. Kirchner pasó a ser un autoritario, su forma de reintroducir la política en un país desahuciado institucionalmente, quebradas todas sus legitimidades, fue calificada como prepotente y confrontativa (convirtiendo a esa palabra en un gesto de tachadura que termina por alcanzar, estoy convencido de eso, toda genuina práctica anclada en la idea de la política como conflictividad). La política de derechos humanos, quizá la base más sólida y entrañable de este gobierno, la que más dejó perplejos a tirios y troyanos, fue calificada de oportunista, de egocéntrica, de mero gesto teatral para seguir inclinando la balanza hacia el gatopardismo; incluso una connotada intelectual vernácula juzgó de mediocre dramatización la aparición pública de Kirchner en el predio siniestro de la ESMA, acusándolo de querer aprovechar su investidura presidencial para dar rienda suelta a sus deseos personales, aquellos que sólo tenían que ver con su biografía y que debían ser prolijamente separados de su condición de presidente de los argentinos. Extraña parábola discursiva en la que se vio de qué modo iría despuntando uno de los ejes principales de la recusación contra el Gobierno, recusación nacida en las usinas de las derechas mediáticas (en especial la que representa el diario *La Nación* pero que muchas veces ha sido secundado por *Clarín*) pero también sostenida a rajatablas por la intelectualidad progresista: se trataba de denunciar la pobreza "republicana" y el ideal hegemonista de un gobierno que parecía, de acuerdo a esta visión compartida por derechas e izquierdas, dirigirse raudamente hacia un poder construido discrecional y autoritariamente quebrándole el espinazo a la institucionalidad democrática.

La incompatibilidad estaba trazada y la ficción desplegó alas aprovechando los vientos que soplaban desde esos mismos medios de comunicación que se arrogaban la condición de garantes últimos de la libertad y, fundamentalmente, se erguían en representantes de la verdadera "opinión pública". ¿Qué decía, que nos decía esa ficción? Que la política de derechos humanos era apenas una pantalla (crítica por izquierda) o que venía a reabrir heridas que había que cerrar definitivamente para lograr la reconciliación nacional (críticas de la derecha que encontró en el cardenal Bergoglio su principal exponente o en Lilita Carrió cuando llamó a dejar de "humillar a las Fuerzas Armadas"); o ninguneaba la transformación histórica de la Corte Suprema con la incorporación de figuras inimaginables en anteriores contextos políticos argentinos (no deja de ser llamativo el silencio de esos mismos que reclaman "calidad institucional", que se han vuelto republicanos de última hora, que entran en orgasmo cuando describen sociedades en las que impera la ley y las formas se cumplen maravillosamente mientras que entre nosotros, y principalmente desde el Gobierno, lo único que se perpetúa, de acuerdo con su mirada virginal, es el desorden, la corrupción y la sed de hegemonía).

¿Quién reconoce la significación de que Zaffaroni o Argibay, por nombrar a los dos más connotados de esos juristas promovidos por el "hegemónico" Kirchner, sean miembros de una Corte que está limpiándose de su pasado vergonzoso y vergonzante? Esos mismos que se llenan la boca reclamando calidad institucional, que reivindican autistamente una nueva república (cuando en su nombre a lo largo de la historia nacional se cometieron las peores injusticias y se construyeron los peores dispositivos represivos) suelen borrar todo recuerdo del país efectivamente heredado por este gobierno, un país brutalizado, enfermo hasta la médula que, sin todavía haber salido de su convalecencia, muestra otras señales. El olvido es una de las principales herramientas de la ficción argentina, un olvido que ocupa un lugar estratégico y absolutamente político allí donde permite disimular las responsabilidades de esos mismos que reclaman una salida a lo Mandela en aquel pasado al que ya no se quiere remitir. Al gobierno de Kirchner no se le perdona su insistencia rememorativa que no se ha quedado en un mero gesto estetizante y vacuo sino que ha tenido y seguirá teniendo consecuencias decisivas en los juicios por la memoria y la justicia (tal vez necesitemos algo más de perspectiva temporal para valorar la extraordinaria significación del juicio y de la condena al sacerdote católico, ¡sí, sacerdote católico!, Christian von Wernich).

No deja de ser llamativo que cuando analizamos el caudal electoral al que aspira el Gobierno, su masa crítica de votantes (provenientes en general de los estratos populares y de las clases medias bajas) tenga muy poco que ver con la política de derechos humanos o que, para decirlo con mayor elocuencia, que ese tema está muy lejos de sus preocupaciones y de sus intereses, lo que le da mayor relevancia y le otorga un rasgo más genuino a esa política que, en la Argentina de hoy, suele aportar muy poco rédito electoral (no deja de ser significativo que en los ambientes progresistas donde supuestamente más debería impactar la línea seguida sea donde más se perfila un voto opositor que, entre otras cosas, suele descalificar o, ya lo decía antes, ningunear lo que se viene haciendo material y simbólicamente en esa zona siempre espectral de la historia argentina). Quisiera insistir en la función de lo espectral como aquello que reinstala lo olvidado, como aquello otro que sigue murmurando entre sombras para impedir que se cierre definitivamente el velo de ciertos acontecimientos o de ciertas acciones del pasado. La condición espectral no es algo buscado, no surge de una decisión predeterminada, es algo que acontece y que suele alterar el transcurrir supuestamente armónico del presente. El espectro aparece allí donde algo permanece inconcluso. Quizá lo extraño, lo anómalo, de Kirchner haya sido esa dimensión de espectralidad en algunas de sus acciones, en especial aquellas que han resultado intolerables de acuerdo a la lógica del expediente cerrado y del espíritu de reconciliación siempre perseguido por los mismos que son nombrados en su responsabilidad cuando se abren las grietas del olvido en el recordar espectral. Como el espectro del padre asesinado de Hamlet, en nuestra sociedad más dispuesta para el olvido que para la actualización de la memoria siempre aparece algo o alguien que, a medianoche, nos recuerda lo encriptado, esos restos que marcan el camino retrospectivo en el que se funda la justicia que les debemos a los insepultos. Kirchner, sabiéndolo o no, hizo pasar a través de él la voz del fantasma, una voz que parecía definitivamente desvanecida de la escena nacional.

Es probable que estemos asistiendo al crepúsculo de una larga e inesperada "primavera camporista", una situación de extremada irrealidad que poco tenía y tiene que ver con los deseos y las obsesiones de la mayoría de nuestros compatriotas. Kirchner fue una extraña excepcionalidad, desplegó en la geografía del país una acción a contramano de los aires de época; su anacronismo fue, al menos para mí, su rasgo más interesante, el núcleo de aquello que resulta indigerible e indigesto para muchos. Un anacronismo que, entre otras cosas, reabrió no sólo los expedientes semicerrados del pasado dictatorial sino que también colocó al país en una más estrecha interlocución con América latina en el marco, obviamente, de un giro más que impensado del continente hacia perspectivas de refundación de lo político después de décadas de oscuridad neoliberal. No se trató, como muchos lo sostuvieron con tono entre irónico y crítico, de un retorno imposible y tal vez indeseable a los setenta, y esta suerte de anómala "primavera camporista" ha tenido muy poco que ver con aquella cuyo final inauguró la tragedia posterior; se trató y se trata de otra cosa, de lo que nos sorprendió, de la posibilidad de ver ciertas cosas que ya no imaginábamos que íbamos a ver, de un clima que se desplegó cuando nada lo presagiaba, de una acción en gran medida innecesaria de acuerdo a las narraciones de la Realpolitik que exigían otras alternativas para la hora actual. Simplemente Kirchner apeló a un discurso inusual y no lo hizo como expresión volátil de quien en el inicio dice precisamente aquello que luego no hará, sino que hizo girar a su gobierno alrededor de esas premisas del comienzo (no fue menor, entre otras decisiones, la de impedir que la Policía Federal concurriese armada al control de las manifestaciones de protesta social, dato, éste, que no suele ser recordado por aquellos progresistas que se desgarran las vestiduras ante tanta "fragilidad institucional", ante tanta carencia de República). Probablemente aquello que reivindico de estos cuatro años sea precisamente lo que no le hubiera permitido a Kirchner refrendar su mandato en las urnas de octubre, allí donde el grueso de la población se siente atraída por otros problemas que son aquellos que provienen de la economía, del consumo y de la seguridad. Kirchner no gana ni recauda votos por aquello que lo ha convertido en la "bestia negra" de la derecha, en el ejemplo de la perfidia populista, sino por eso otro que seguirá siendo espectral en la realidad argentina. Extraña parábola de una sociedad que no se caracteriza por su virtuosismo rememorativo y que, por lo general, privilegia la cruda materialidad del vivir cotidiano. Y allí Kirchner es prácticamente inatacable porque expresa, en cifras demasiado elocuentes, la reversión de la catástrofe económico-social que tuvo su pico en los primeros años del siglo. Su costado débil, su condición "monstruosa" es aquella que,

PABLO PIOVANO



ó el discurso ideológico de los grandes medios y se n especial la de los derechos humanos, logró el o también en la revista* Confines*, Ricardo Forster sector refractario al Gobierno.

y la realidad o la al del kirchnerismo

como decía antes, lo vuelve una figura a destiempo, anacrónica, insistente en recobrar lo que todo el mundo preferiría olvidar.

Tal vez por eso, por ese salirse de quicio, por ese girar hacia lo siniestro de un país que prefiere desprenderse de sus oscuridades, el período que se cierra haya resultado tan disruptivo para algunos sectores. Pero también porque hizo regresar a una escena política profundamente devaluada no sólo la realidad del conflicto en el sentido de su exposición pública, sino porque lo hizo doblando la apuesta al defender lo imprescindible de esa trama matricial de la política que es el conflicto a la hora de asumir ciertos gestos de confrontación en una época dominada por la consensualidad artificial. Fijar ciertas posiciones ante las corporaciones, asumir la discrepancia política como regla elemental, sostener las diferencias en términos de proyectos, retacearle a la prensa su lugar intocable y sacramental y utilizar un lenguaje confrontativo ha sido un estilo insoportable para el discurso dominante del consenso y la confraternización que atraviesa casi todas las esferas de nuestra sociedad. Ese punto se vio muy bien durante la campaña por Buenos Aires, en la que Macri logró imponer, con la complicidad evidente de los grandes medios de comunicación, la homologación entre debate político y agresión, entre confrontación de proyectos y "campaña sucia", destituyendo, de esa manera, cualquier atisbo de política que todavía pudiera quedar en el cuerpo social.

Uno de los puntos más interesantes, aunque no siempre presentes, del modo kirchnerista de gobernar fue, precisamente, su insistencia en devolverle a la gestión su dimensión política. Uno de sus puntos débiles fue su incapacidad para construir espacios genuinos de representación que pudieran traducirse en el sentido de una nueva política de raíz emancipatoria. El fracaso, en ese campo, ha sido muy gravoso y seguirá siendo una debilidad estructural de cualquier proyecto mínimamente alternativo al de los lenguajes de la gobernabilidad, la gestión y la eficiencia que son los caballitos de batalla de la derecha contemporánea. En algunos momentos se logró salir del empantanamiento neutralizador de las prácticas políticas contemporáneas, sin alcanzar, eso sí, una reformulación profunda de esa misma lógica de época (2). Por eso, insisto con esta apreciación, Kirchner, la continuidad a través de Cristina Fernández de su proyecto, no gana por aquello que destaco como significativo en su gobierno, sino por lo que en verdad influye en el cuerpo social, en la masa electoral y que no necesariamente se vincula con aquello que reivindico, por esa dimensión anómala de un gobierno a deshora de las construcciones actuales de subjetividad. La paradoja, por llamarla de algún modo, es el entrelazamiento empático de las críticas de la derecha con el discurso de cierto progresismo que acabó por confluir con viejos resentimientos de clase que en otras épocas llevaban el nombre de gorilismo.

La espectralidad kirchnerista estuvo definida por aquello que recordaba lo que se quería olvidar, es decir, por la puesta en evidencia de lo irresuelto en el interior de una sociedad maltrecha y viciada que, sin embargo, tuvo la oportunidad de darse otra oportunidad al encontrarse, inesperadamente, con ese espectro que le susurraba sus omisiones pero que también le ofrecía otra imagen de lo que había sido o de aquello que hubiera podido ser. Un tiempo en el que giró el tiempo; una época en la que el presente se dejó hablar extrañamente por el pasado como un medio para intentar salir del empantanamiento en el que se encontraba por la seguidilla de sus propias miserias. Kirchner, lo espectral que dejó emerger, abrió, más allá de sus propias decisiones, los pasadizos que conducían fuera de las discursividades hegemónicas, aquellas naturalizadas por los medios de comunicación y que fueron modelando el imaginario de gran parte de la sociedad de acuerdo con los valores internalizados de un liberalismo convertido en supuesto irreductible e inmodificable de la vida contemporánea. Simplemente en estos cuatro años se abrieron ventanas cerradas que permitieron vislumbrar otros paisajes que antes habían permanecido sellados a cal y canto por ese mismo discurso hegemónico que salió disparado a desarmar el frágil dispositivo construido desde mayo de 2003. Kirchner no es mucho más pero tampoco es poca cosa que haya sido eso: una apertura, la posibilidad de fisurar el muro de lo inevitable signado por el reinado del mercado. Una pura anomalía de un país que iba por otros rumbos. Seguramente lo extrañaremos o extrañaremos esos gestos que tanto malhumor producían en los bienpensantes, en los pulcros habitantes de la ciudad de los pudientes o en aquellos otros que en nombre de ahuecamientos republicanos, de formalidades agusanadas y de olvidos varios (casi siempre relacionados con las injusticias efectivas, reales, del sistema) se ofendían por los exabruptos del santacruceño o proyectaban un odio incomprensible hacia quien hoy ha sido elegida presidenta de los argentinos.

AFP



Las repeticiones en la historia siempre son confusas y extrañas, suelen disparar consecuencias muy distintas a lo acontecido en ese otro tiempo del origen. Digo esto porque un análisis rápido de la composición social del voto que le dio el triunfo a Cristina parecería remitirnos a antiguos fantasmas argentinos, a una suerte de fragmentación en la que las clases medias acomodadas vuelven a desplegar reflejos adormecidos que nos remiten hacia décadas pasadas cuando, con el primer peronismo, surgió lo que luego sería encerrado en esa palabra cuyos márgenes suelen ser muy volátiles: gorilismo. Efectivamente en aquellos años iniciales se manifestó un odio de clase ante la emergencia de la "negrada", de los "cabecitas negras" que venían a irrumpir en la escena pública modificando las tradicionales estéticas de la política. Confluencia de intereses de clase con reflejos racistas, aquel gorilismo supo construir mitos perdurables que no dejaron de reaparecer a lo largo de la historia reciente. Incluso hoy, y esto ya lo señalé en un artículo aparecido en el número anterior de *Confines*, el rechazo del populismo oculta núcleos naturalizados de un actor social que se cree portador de la verdadera conciencia de época, aquella que se define en consonancia con los dispositivos de la globalización liberal entramada con la buena conciencia progresista que, como ya se señaló, representa, hoy, más que una política, un estilo de vida, una suerte de estética. Desde ese posicionamiento, nuestras clases medias acomodadas ven con ojos esquivos el triunfo de Cristina más allá de su reconocida bonanza económica que los ha vuelto a colocar en la cresta del consumo desenfrenado. Pocos han sido los que han intentado mirar desde otro lugar no sólo la significación del período de Kirchner sino lo que se inaugura con su continuidad a través de su mujer.

Pero también destacaba que nos preparábamos para despedirnos de la larga primavera camporista que, en muchos aspectos, caracterizó el tiempo de Kirchner; es probable que lo que vendrá se asemejará más a un gobierno a lo Bachelet, con mayores dosis de prolijidad institucional y mejores vínculos con el insaciable mundo empresarial. Hay, y eso se percibe más allá del resultado electoral, una atmósfera por la que circulan mejor los aires de la derecha, esos mecanismos de producción de sentido tan astutamente desplegados por los medios de comunicación que, insisto con esta idea, constituyen hoy el espacio más decisivo y poderoso de la derecha. No hay en el discurso de Cristina una vocación genuinamente distribucionista ni una retórica que la pueda asociar al espectro del populismo. Ella sabe, de todos modos, que su triunfo provino de los sectores populares y de las clases medias empobrecidas que han visto una luz de esperanza sobre la que seguirán insistiendo acrecentando su presencia política a través de las protestas sociales en medio de una Argentina que ya no se encuentra en caída libre ni en medio de una catástrofe que paralizaba las acciones. Los tiempos que se abren serán, entonces, complejos e interesantes, cargados de contradicciones entre proyectos de sociedad muy distintos que seguirán dirimiendo su hegemonía. Cristina tendrá que optar, los años del "infierno", como los llamaba su esposo, ya han terminado y, ahora, se abren los de un país que, de distintos modos, no ha hecho más que boicotear sus oportunidades. Allí están las posibilidades: o dejarse fascinar por el glamour del poder hegemónico desviando la tímida incursión desarrollada por Kirchner hacia cierta condición anómala para regresar al redil del mercado o, por el contrario, profundizando en algunas líneas que les devolvieron cierta expectativa a los sectores más sumergidos de la población, apuntalar una política que recuerde que entre la reivindicación del conflicto como disparador de movilidad social y política y la distribución se juega la posibilidad de un intento de construir una sociedad más justa.■

Notas

(1) Conversando con Juan Duchesne, un amigo de Puerto Rico que también escribe en este número, de las derivas actuales del progresismo, él me decía que hoy éste se reduce en gran medida a *life style*, es decir, a un giro ligado a lo políticamente correcto (que incluye tópicos como lo gay, el género, las libertades ciudadanas, el multiculturalismo, etc.), en el que se han desvanecido otras referencias ligadas, por ejemplo, a lo social y a lo político en un sentido fuerte y conflictivo del término. Un giro esteticista y autorreferencial en el que ciertas clases medias inscriben su visión del mundo que, a no dudarlo, se ha vuelto compatible con el dominio abrumador de la lógica del mercado y que, en más de un sentido, ha terminado por naturalizar los valores del liberalismo imperante en el capitalismo tardío. Para muchos de estos progresistas *à la page* la bestia de la época es el populismo o todo lo que huela a él y de acuerdo con esta premisa se han posicionado ante el gobierno de Kirchner identificándolo con todos esos males que se encierran en ese término del bestiario tan utilizado desde las usinas mediáticas. Tal vez en esta transformación que se ha operado en las clases medias progresistas y en ciertos intelectuales se encuentre una de las claves para su actual posicionamiento.

(2) La lectura que hago del kirchnerismo no supone que deje de lado sus inclinaciones "capital-desarrollistas" asociadas a una lógica de la eficiencia y la gestión; ni tampoco la falta de un proyecto en el que se defina con todas las letras una política distribucionista que apunte a algo más que a una reparación de una desigualdad demasiado evidente. Pero Kirchner, y esto no hay que perderlo de vista, no es un socialista ni es propiamente alguien identificado con la izquierda; es, en todo caso, un heredero, fuera de época, de antiguas políticas bienestaristas, un lector algo anacrónico de Keynes y no ha querido ser otra cosa. También ha quedado pendiente, por diversos y complejos motivos, el desprendimiento del viaje aparato del peronismo, tanto del bonaerense como el de los caudillismos del interior del país. Kirchner, quizá con otras intenciones iniciales, tuvo que negociar para desembarazarse de Duhalde sin perder, al mismo tiempo, el timón de la gobernabilidad. Una deuda pendiente que se verá hasta dónde podrá o no ser saldada por la nueva etapa que se abre con Cristina.

El grueso de la oposición tiende a concentrarse en el centroderecha, con un discurso antipopulista. El ex legislador Jozami ve puntos de contacto entre Carrió y Macri, pero estima que la suerte de ambos dependerá más de los aciertos o equivocaciones del Gobierno.

Una oposición sin perspectivas

Por Eduardo Jozami

En los últimos años se ha hablado con frecuencia de la debilidad de la oposición, de su irrelevancia política. La mayoría de esos comentarios señalaban como prueba de esa minusvalía de los opositores su imposibilidad de unirse para enfrentar al Gobierno. Para esos analistas la unidad constituye siempre la más racional de las respuestas, sin que importen las diferencias entre las fuerzas políticas. Un razonamiento similar llevó años atrás a la formación de la Alianza y a la consiguiente frustración con Fernando de la Rúa.

Los tímidos intentos de algunos opositores para buscar la unidad generaron en la reciente elección más rupturas que acercamientos. López Murphy tuvo un pésimo desempeño como consecuencia de sus devaneos entre Macri y Carrió y terminó distanciado de ambos. No se puede construir una alianza sólida sin la hegemonía de alguna de las fuerzas y ningún candidato podía sostener esa pretensión. Sin embargo, la mayoría de los analistas que opera con un esquema binario que excluye otras consideraciones ideológicas seguirá reclamando, seguramente, la unidad de los opositores. Esto puede atribuirse al interés de hacer más atractivas las elecciones –un sentido casi deportivo de la política– o, con menos ingenuidad, a que se considera prioritario detener de cualquier modo el proceso de cambio iniciado en el 2003. Para ese propósito resultan igualmente válidos la imagen de político moderado construida por Lavagna, la incontinencia verbal de Carrió, el discurso esotérico de Rodríguez Saá o el cualunquismo negador de la política de Mauricio Macri.

Mariano Grondona, desde su columna periodística y su menguado espacio televisivo, fue una vez más quien acuñó la consigna. Luego del nuevo triunfo en la elección de octubre, calificó al kirchnerismo como un *despotismo plebiscitario*. El uso peyorativo del término plebiscitario tiene un inocultable matiz antidemocrático que lleva a presentar como un valor negativo el respaldo mayoritario de los votantes. Es el razonamiento que llevó a que Chávez fuera considerado menos democrático cuanto más elecciones ganaba. Hoy, ante la evidencia de que también sabe perder y aceptar el resultado, es más difícil sostener esas acusaciones, pero no deja de ser curioso que para ostentar credenciales democráticas haya que perder las elecciones.

La caracterización del gobierno de Kirchner como despótico justificaría naturalmente el acuerdo general de los opositores. Carrió viene desarrollando ese argumento desde que inició su corrimiento a la derecha. Frente a un gobierno antidemocrático –recordemos que llegó a compararlo con el de Hitler–, las diferencias ideológicas pasan a segundo plano porque es prioritario defender la moral republicana y las instituciones de la Constitución: el silogismo resulta impecable a poco que se acepte la discutible premisa mayor. Para este propósito Grondona recurre cada vez más a la veta elitista –lo que más lo seduce de Ortega y Gasset– mientras la banalización del pensamiento de Hannah Arendt permite a Carrió difundir una Vulgata republicana que –a diferencia de la filósofa alemana– excluye toda preocupación por la participación mayoritaria o el conflicto social.

Algunas décadas atrás, más de un cientista social argentino sostenía que era conveniente el fortalecimiento de una fuerza política conservadora porque ello daría posibilidades de expresión electoral a los sectores que siempre alentaban el golpe militar. Como ejemplo a seguir se ponía el caso de Chile, donde existían fuerzas de derecha y de centro con importante caudal electoral, lo que excluía la posibilidad de intervención castrense. No pasó mucho hasta que allí se produjo el golpe, apoyado por conservadores y democristianos, por lo que aquella tesis debió abandonarse. Sin embargo, pueden encontrarse reminiscencias de ella en las constantes apelaciones que hoy se hacen para fortalecer la oposición, asegurando que ello permitirá un equilibrio que garantizará una mejor calidad institucional.

Después de haber escuchado algunos discursos pre y poselectorales que descalifican el voto de los electores más pobres, confieso que me resulta difícil imaginar cómo el fortalecimiento de la oposición podría contribuir a un mejoramiento de las instituciones. Es curioso que quienes defienden su voto contra el hegemonismo y en pro de la calidad institucional pocas veces reflexionen que siguiendo a Carrió y a Lavagna en la última elección votaron contra la política de Derechos Humanos y a favor de la reconciliación sostenida por la Iglesia o contra la política exterior independiente, apoyando a los que agitan el fantasma de Chávez.

ARNALDO PAMPILLON

Todas estas especulaciones sobre las divisiones y el fortalecimiento de la oposición dejan de lado la cuestión fundamental. Los opositores carecen de alternativa hasta hoy no por la perversidad del matrimonio Kirchner o la falta de dirigentes capaces o de otros recursos políticos. Simplemente están a la defensiva porque, en términos generales, no le están saliendo mal las cosas al Gobierno. Pero, lo que es aún más importante, el Presidente ocupó con algunas audaces modificaciones de rumbo el lugar del cambio. Por cierto que puede haber discursos que se ubiquen más la izquierda, se hacen observaciones atinadas a la política petrolera y resulta evidente la necesidad de un avance mayor en la redistribución del ingreso. Pero el lugar de la oposición global no está hoy a la izquierda sino a la derecha del Gobierno.

Compartida esta conclusión por los dos candidatos principales de la oposición, en la última elección sus respuestas fueron distintas. Mientras Lavagna no quiso derechizar su discurso tanto como para contradecir abiertamente su gestión ministerial, perdiendo así los votos de los opositores más virulentos, Elisa Carrió aceptó plenamente el desafío. En el 2003, cuando optó por el enfrentamiento con Kirchner, contradiciendo la generalizada expectativa de que apoyaría la gestión presidencial, Carrió decidió ocupar dos andariveles que, en realidad son uno y el mismo, cortejar a los grandes medios, la Iglesia, los ganaderos, los financistas, los militares "humillados por el gobierno" y demás opositores previsibles y, por otra parte, revivir el más primario antiperonismo.

La dirigente del ARI dio así a su campaña un inédito tono clasista. Frente a la otra expresión de la derecha, el macrismo, cuya falta de discurso no es sólo una disposición natural de su principal dirigente sino también un guiño para atraer a los electores cansados de la política, la retórica de Carrió puede seducir por su sentido épico, su tono de cruzada contra la corrupción. Pero su identificación con lo que ella misma llamó los "votantes pensantes de las altas clases medias" dificulta el anunciado propósito de convocar a "nuestros hermanos más pobres".

Es imprevisible lo que ocurrirá con los liderazgos opositores porque Macri depende de una gestión en la que ya ha cometido serios errores antes de comenzar, la alianza de los radicales con Lavagna no está asegurada y los antecedentes recientes de Carrió no predicen la estabilidad de la Coalición. De todos modos, el corrimiento del ARI hacia la derecha puede facilitar el acuerdo opositor. Quizá la dirigente de la Coalición Cívica deba moderar sus declaraciones porque los potenciales aliados dudarán en suscribir esa desdeñosa descalificación de los votantes más pobres que recuerda las expresiones apocalípticas que un siglo atrás advertían los peligros del triunfo de la "chusma radical".

Pero más allá de esos excesos, el discurso antipopulista vuelve a escucharse con fuerza en América latina como reacción ante el surgimiento de muchos gobiernos que se distancian de los Estados Unidos y plantean nuevas perspectivas de transformación social. El resultado del referéndum venezolano replantea el debate sobre el modelo político que debe acompañar esos procesos de cambio y alerta –una vez más– sobre la importancia que tienen en nuestras sociedades ciertas formas de la cultura política asociadas a la participación de los sectores medios, pero no modifica las opciones de fondo. Eso explica que –más allá de las diferencias entre los diferentes procesos– Lula y Kirchner hayan salido de inmediato en apoyo de Hugo Chávez.

El discurso antipopulista se plantea con renovada fuerza en toda la región, en debates tanto académicos como políticos, pero ese enunciado, en la encendida versión republicana de Carrió o en la más moderada de cierta socialdemocracia que renuncia a las transformaciones, no basta para configurar hoy en la Argentina una alternativa opositora con posibilidades ciertas. Un discurso como el de la Coalición Cívica sirvió en 1955 para dar un golpe, pero es más difícil que pueda ganar elecciones. Precisamente porque lo saben, los sectores de poder enfrentados al Gobierno consideran imprescindible atraer a un sector del actual oficialismo.

Esta estrategia opositora requiere, naturalmente, de una declinación del exitoso desempeño del Gobierno. No parece que ésa sea la perspectiva a poco que Cristina Kirchner atienda algunas críticas y continúe con lo esencial del rumbo iniciado cuatro años atrás.

El presidente saliente anuncia la construcción de una fuerza política que puede dar una respuesta a las expectativas de quienes no han encontrado hasta hoy una vía de participación. El éxito de la gestión no es ajeno a esta asignatura pendiente, necesaria para profundizar la transformación.

Dudar de la honestidad de las policías, sospechar sobre la corrupción de las burocracias, considerar la Justicia como no equitativa, estimar que los mecanismos de control estatal son poco o nada confiables, pensar en la falta de eficiencia de los establecimientos públicos de cuidado de la salud se han convertido en opiniones corrientes. La política deberá dar respuesta a ese escenario.

GONZALO MARTINEZ



Instituciones bajo sospecha

Por Ricardo Sidicaro

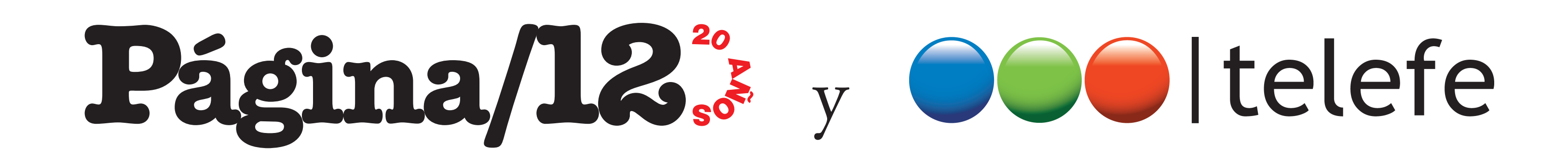
Desde hace más de una década, los estudios sobre la opinión pública realizados en nuestro país constatan que alrededor de la mitad de la población tiene escasa o baja confianza en las instituciones estatales. Los porcentajes de descontentos con las instituciones son sensiblemente más elevados que los que se registraban hace un cuarto de siglo, cuando el restablecimiento de la democracia despertó entusiasmo colectivo. De todas maneras, según las encuestas no ha mermado la proporción de personas que siguen creyendo que el régimen democrático es la mejor manera de organizar la vida política nacional. Es decir, las críticas al funcionamiento de las instituciones públicas no disminuye las adhesiones a la democracia ni trae simpatías por las dictaduras. A fuerza de su presencia constante, la desconfianza en las instituciones se ha ido naturalizando y las preguntas por las causas del problema y las alternativas para solucionarlo han tendido a desaparecer de los debates políticos. Dudar de la honestidad de las policías, sospechar sobre la corrupción de las burocracias –provinciales o municipales–, considerar la administración de Justicia como no equitativa, estimar que los mecanismos de control estatal son poco o nada confiables, pensar en la falta de eficiencia y de eficacia de los establecimientos públicos de cuidado de la salud se han convertido en opiniones corrientes. Probablemente, muchos de los que tienen esas miradas críticas sobre las instituciones no se vieron negativamente afectados por ellas, pero comparten un sistema de creencias que se alimenta de informaciones, directas o indirectas, que estiman verosímiles. Esto es así a tal punto, que no son pocos los que se sorprenden cuando encuentran instituciones públicas que funcionan adecuadamente. La población no suele achacar los problemas mencionados a uno u otro gobierno, sino que los percibe como incapacidades estatales que perduran más allá de los cambios de los elencos que dirigen las cúspides del Estado. No se trata, pues, de cuestiones atribuidas a la actuación de determinados partidos políticos y la prueba de esto es que la desconfianza recae en los partidos en general. En fin, el hecho de que no estamos en presencia de una mirada escéptica indiscriminada lo muestran los elevados índices de confianza, alrededor de un 70%, que esas mismas encuestas registran cuando se pregunta por las universidades.

La magnitud de los juicios críticos expresados por la población sobre las instituciones públicas debió incidir en las decisiones de los gobiernos provinciales y nacionales que emprendieron reformas administrativas o del Estado. Las modernizaciones de los aparatos estatales suscitaron no pocos estudios técnicos y varios simposios nacionales e internacionales, y la lectura de los mismos muestra que esas actividades se desarrollaron en un nivel de calidad similar o superior a los que se realizan en otros países. Es probable que se hayan emprendido reformas importantes de algunas instituciones públicas aun cuando la desconfianza planteada como una creencia general se mantenga. Si esto fue así, cabe suponer que las reformas no brindan efectos captables inmediatamente por la población o bien que aparecen como insuficientes o, en fin, que existen hechos puntuales que realimentan las creencias disconformes con los funcionamientos institucionales.

A los efectos del tema que interesa a esta breve nota, digamos que los déficit de las mencionadas actividades burocráticas percibidos por integrantes de todos los sectores sociales difícilmente podrían atribuirse a las campañas ideológicas de los ya clásicos discursos antiestatistas. En ese sentido, cabe señalar que en los referidos estudios de opinión las respuestas favorables a la intervención del Estado en cuestiones económicas y sociales han registrado un notable aumento en comparación con lo que sucedía en los años '90. Ahora no se pide menos acción estatal sino mayor eficiencia de la misma. Veinticinco años de democracia y de libertad de información, en un contexto nacional e internacional que conoció un gran salto en materia de modernización de la vida y las costumbres, han dado como consecuencia el surgimiento de una amplia capa de ciudadanos más exigentes y más conscientes de sus derechos, lo que se refleja en el crecimiento de sus exigencias hacia las instituciones estatales. Cuando se dejan de lado estos últimos aspectos se corre el riesgo de achacar toda la desconfianza a otros factores que igualmente existen pero que distan de explicar la totalidad del fenómeno. En términos generales puede afirmarse que cualquier elenco gubernamental nacional, provincial o municipal se enfrenta inevitablemente con un amplio número de ciudadanos descontentos con algunas, o casi todas, las dimensiones de los funcionamientos institucionales. No es para nada paradójico que esa desconfianza afecte negativamente el mismo funcionamiento de las instituciones cuestionada y debilite los eventuales efectos positivos de los eventuales planes de reformas. Es habitual hablar de la desmoralización de las burocracias públicas ante el escaso reconocimiento social que tienen sus funciones. Para quienes gobiernan, la desconfianza en las instituciones supone un debilitamiento de las capacidades estatales de las que formalmente disponen. Por otra parte, como la diferencia entre Estado y gobierno no ha sido nunca clara en la cultura política argentina, las ineficiencias y corruptelas de los diferentes tipos de agentes estatales provocan el deterioro de los gobernantes. Esto no significa que los mayores problemas no recaen sobre la población en general.

La situación muy resumidamente planteada abre una serie de interrogantes a los cuales no pretenderemos responder de modo exhaustivo. Si algunos funcionamientos de instituciones públicas deben sus deficiencias a la escasez de salarios, a los reclutamientos clientelistas de personal, a una prolongada abdicación de los responsables gubernamentales ante las presiones de sindicatos estatales que expresan mentalidades desentendidas del interés general, al carrerismo acomodaticio que según muchas observaciones anida en no pocos miembros del personal judicial, a la falta de actualización de los docentes mal pagos desde hace mucho, es probable que la suma de obstáculos, distintos en cada sistema institucional particular, desaliente la realización de las reformas que podrían dar mayor confianza social a los mismos. Pero las consecuencias de no mejorar los desempeños y la racionalidad de la acción burocrática se mide luego en los índices: cuando se debilita la creencia en la eficiencia policial o judicial, crece la tasa de delitos protagonizados por sujetos de todos los sectores sociales, ya que se amplía la idea de la impunidad; la baja confianza en el funcionamiento de los sistemas públicos de salud siembra enfermedades y muertes en los sectores más pobres de la población; los controles estatales pensados como deficitarios son un factor estimulante de la evasión impositiva, de los abusos de las grandes empresas, de la destrucción del medioambiente, etcétera.

El fenómeno de la pérdida de confianza en las instituciones públicas, como lo analizaron recientemente autores como Ulrich Beck o Pierre Rosanvallon, se registra desde hace varios años en muchos países y no es ajeno a la caída del reconocimiento de los grandes partidos políticos y a la mayor reflexividad, individual y colectiva, característica de la actual etapa de la modernidad. En nuestra época, existe un creciente número de personas que tienen preocupación por los problemas públicos y que se desinteresan o critican a los partidos a los que juzgan anacrónicos o guiados por la búsqueda de beneficios para sus dirigentes. Uno de los resultados de estas transformaciones ha sido el surgimiento en la sociedad civil de asociaciones que se establecen en el espacio público para denunciar los abusos, los malos procedimientos, la molicie o la corrupción de quienes no cumplen con sus obligaciones en los más diversos órdenes de las instituciones estatales. En no pocos casos, esas asociaciones operan como poderosos aguijones de los gobiernos para que reformen los sistemas institucionales deficientes. El caso argentino no se aparta de ese modo de acción de la sociedad civil, y las Madres de Plaza de Mayo fueron precursoras mundiales al respecto. Es probable que la combinación, no exenta de conflictos, entre los más activos críticos de las instituciones públicas y los gobernantes estatales pueda servir para impulsar a estos últimos a llevar adelante mejoras institucionales que, en principio, despertarían las resistencias de los beneficiados con el *statu quo*.■



Presentan un DVD con los tres programas completos de

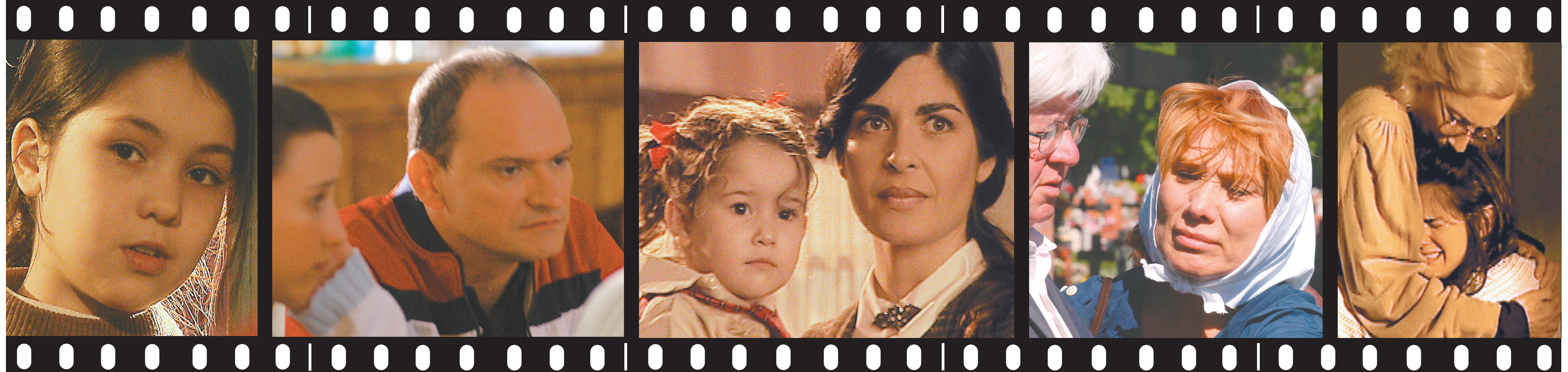
TELEVISION X LA IDENTIDAD



A total beneficio de Abuelas de Plaza de Mayo

capítulo 1
TATIANA
capítulo 2
JUAN
capítulo 3
NIETOS DE LA ESPERANZA

Versión original, 3:40 hs.



El sábado 15 con el diario,
compra opcional $ 20

